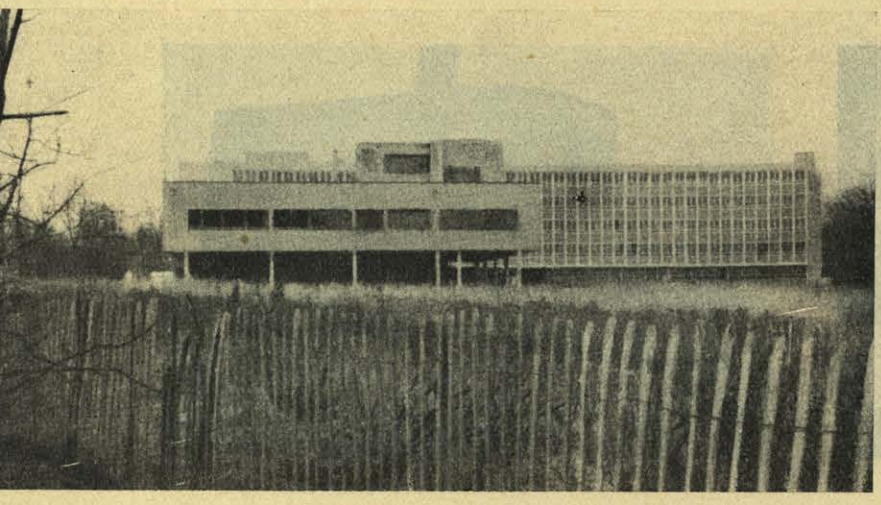
una visita a poissy



J. R. MONEO.

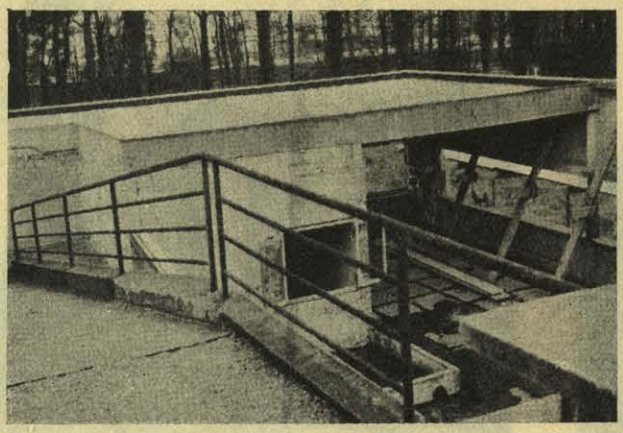
El lanzarse en busca de una obra de arquitectura es hoy, en la mayoría de los casos, una auténtica aventura. Bien es verdad que colegios y asociaciones tratan de facilitar la tarea dotando al arquitecto ansioso de ver el trabajo de sus colegas de una pequeña guía en la que se especifica el lugar en que podrá encontrar aquellas obras que tal vez ha visto publicadas, pero que desea, sin embargo, contemplar y estudiar. Pero a menudo, y a pesar de la buena voluntad de quien ha confeccionado la guía, dar con una obra de arquitectura es difícil, pues quedan enmascaradas, no pocas veces, en la baraúnda de construcciones que las rodean. Supongo que más de un compañero se sonreirá al leer estas líneas recordando los sinsabores que le costó llegar a dar con una determinada obra. Así es que no puede uno por menos de lamentarse nostálgicamente evocando aquellos tiempos pasados en que identificar las obras de arquitectura notables de una ciudad era bien sencillo, pues coincidían con la catedral, el ayuntamiento, el palacio, el puente. Hoy el panorama ha cambiado y las obras de arquitectura logradas no son siempre aquellas que, en las clases de composición, llaman representativas, y encontrarlas supone, por tanto, esfuerzos y sinsabores.

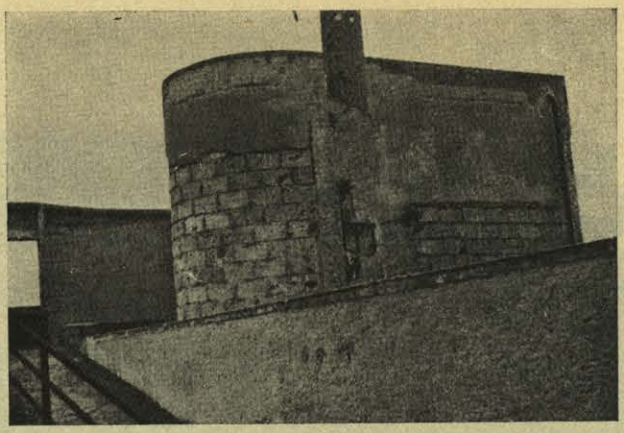
Ahora bien: creo firmemente que todo esfuerzo que hagamos por acercarnos a una obra de arquitectura está sobradamente recompensado cuando aquellos fríos esquemas que son los

planos se convierten en algo real y concreto, en algo que solamente entonces, en su ser tridimensional, cumple con el fin para que fué creado, pues nunca se insistirá bastante sobre el hecho de que la arquitectura se vive recorriéndola, gozando de las mil y una imágenes que a cada paso nos proporciona, saboreando el orden que el arquitecto ha definido al servicio de un programa y en virtud de las complejas exigencias que su trabajo lleva consigo; forzoso es reconocer que acostumbrados como estamos a hojear y leer revistas nuestra capacidad de entendimiento se orienta hacia derroteros con frecuencia equívocos, valorando aspectos ajenos incluso a la razón de ser de la Arquitectura.

Las líneas que siguen son, pues, la pequeña crónica de una visita a Villa Saboya, en Poissy, obra capital para el estudio de Le Corbusier y que, como todas las suyas, cobra al natural un relieve y un vigor que puede, tal vez, adivinarse mediante planos y fotografías, pero cuya auténtica dimensión nos la da solamente el encontrarnos frente a ella.

Debo confesar que, aunque siempre había deseado verla, pues no en balde hablan de ella todas las historias de la arquitectura moderna, la ocasión me la brindó la pequeña guía que nos informa de las obras de arquitectura recientemente realizadas en París y publicada por Vincent Freal, en la que se incluyen algunas de las obras de Le Corbusier. Así es que, aunque la indicación era vaga, pues tan sólo decía que Villa Saboya se encontraba en el Chemin de Villiers, en Poissy, creí que había llegado el momento de verla, puesto que, enterado como estaba de que

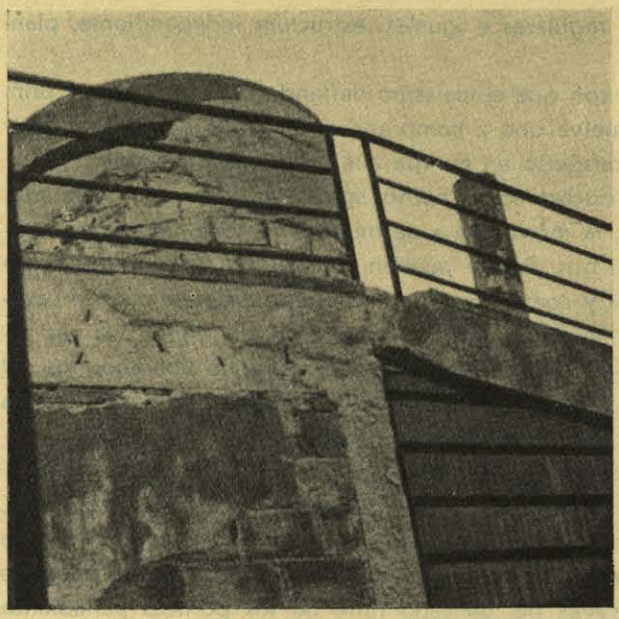




A. Malraux había tenido que superar serias dificultades oponiéndose, con entereza, a que la derribasen sus propietarios, ¿quién me aseguraba que dentro de unos años se mantendría en pie? Me encaminé, por tanto, a Saint Lazare y cogí uno de los innumerables trenes que enlazan el corazón de París con la cada día más extensa banlieu.

Tres cuartos de hora de tren, dominando casi siempre los tejados de pequeñas viviendas que, a caballo entre la ciudad y el campo, suscitan siempre en el viajero una cierta tristeza y se llega a Poissy. Cientos, miles, tal vez, de coches, nos anuncian la presencia de una fábrica de automóviles, la Simca, dueña y señora de la pequeña ciudad, otro tiempo propiedad de la Abadía. Poissy es un pueblo que, al instalarse en él una fábrica como la Simca, ha perdido la escala. La vieja estación, la plaza, los cafés, parecen ser restos del pasado a los que no ha llegado todavía su última hora, que, inevitable y tranquilamente, esperan: da un poco la impresión de un pueblo viejo, ocupado por nuevos pobladores para quienes los nombres familiares de otra vez nada supusieron; así, pues, si alguien se anima y llega hasta Poissy, que no le descorazone el que las gentes del lugar no sepan darle razón ni de Villa Saboya ni de Le Corbusier. Comprendo, por otra parte, que esta actitud no debía sorprenderme, pues había leído, en más de una ocasión, que Villa Saboya se encontraba en un estado de abandono lamentable; pero la indiferencia brutal de las gentes ante una obra que para nosotros arquitectos es ya historia (recordemos los comentarios que ha merecido a Giedion) cierto que no la sospechaba.

Empecé, pues, mi camino preguntando a diestra y siniestra por la Rue de Villiers y llegué, tras de no pocas fatigas, a una plazoleta en la que un letrero indicador rezaba: rue de Villers. Estaba dispuesto a caminar todavía cuando mis ojos tropezaron con una imagen extraña que, sin

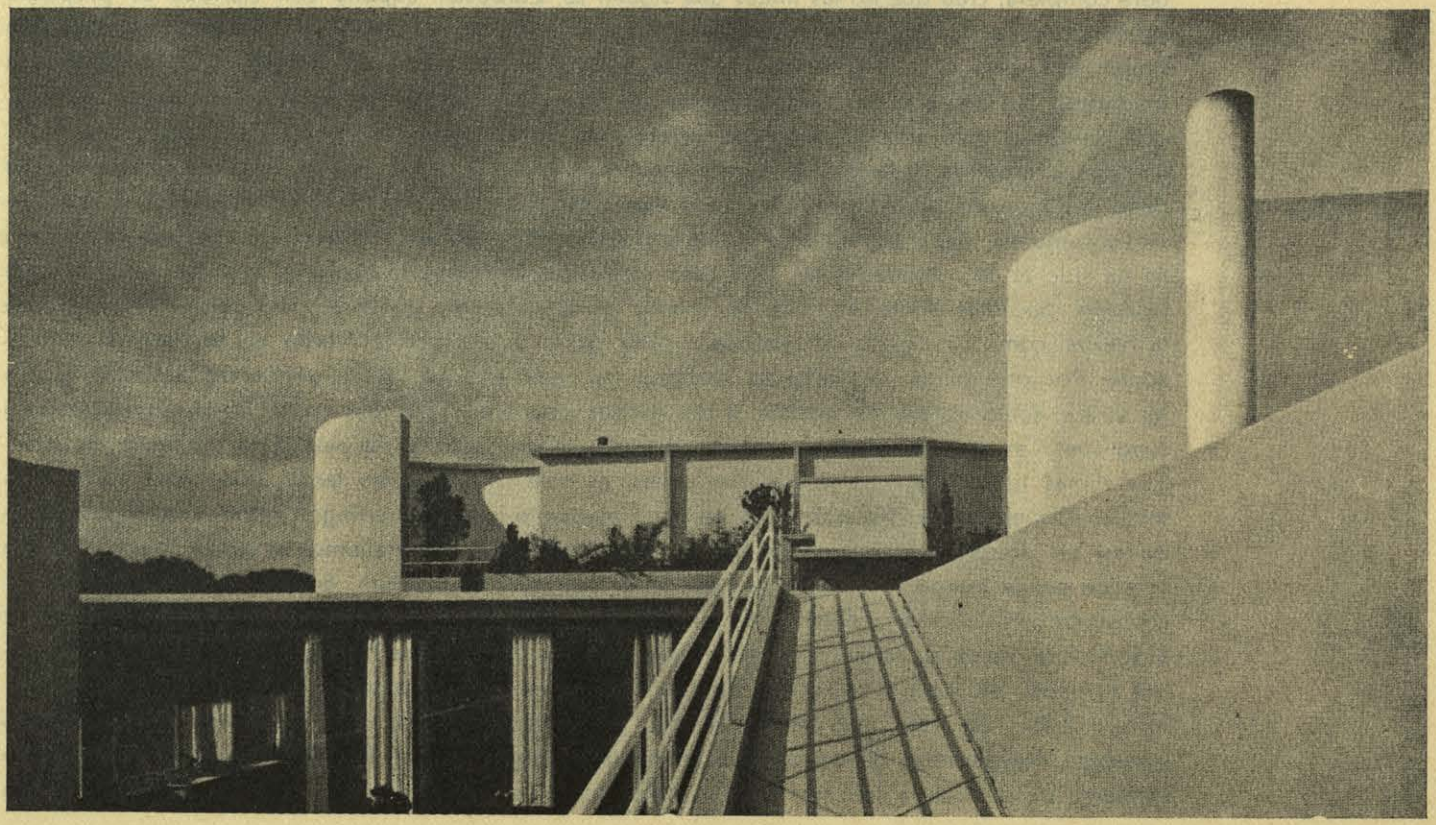


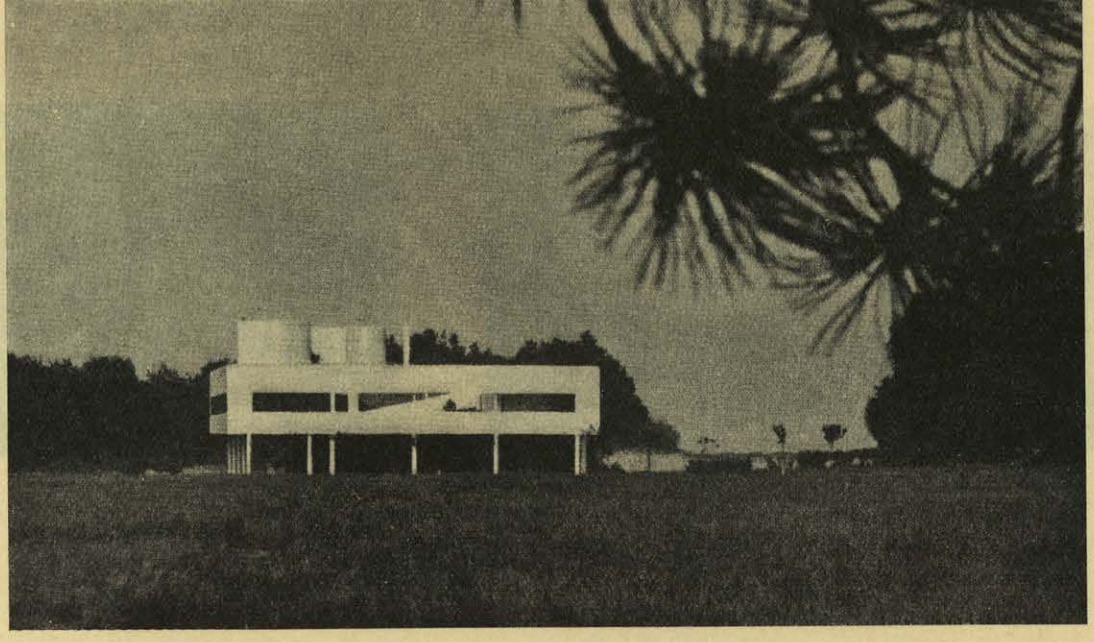
embargo, me pareció familiar: por encima de unas tapias asomaba el limpio volumen de la vivienda del jardinero; Villa Saboya no estaba lejos. Unos pasos más y desde el patio de la escuela cercana aparecía ante mí la solemne horizontal de Villa Saboya. Debo confesar que un extraño sentimiento se apoderó de mí: cuando se llega ante una obra que hemos visto publicada cientos de veces la sensación de penetrar en un mundo irreal, mágico, nos domina, como si la idea que tuviésemos de aquella obra fuese más auténtica que ella misma. Pero en esta ocasión no se trataba de una fantasía, Villa Saboya estaba allí, reposada, serena, envuelta en una suave niebla; al tratar de acercarme me di cuenta de que la cosa no iba a ser fácil, pues una valla, más robusta que de costumbre, me lo impedía. Salí de nuevo a la calzada y viendo que en la tapia había un boquete por el que se pasaba con facilidad me adentré en la propiedad sin hacer mucho caso de un cartelón que terminantemente lo prohibía. Pero leamos el texto que Le Corbusier escribió, al publicarse Villa Saboya, en el tomo correspondiente a los años 1929-34 de su obra completa; creo que en las líneas que siguen Le Corbusier expone con claridad su propósito ayudándonos a comprender el espíritu con que se planteó Villa Saboya..., "construída con gran simplicidad, para unos clientes desprovistos totalmente de ideas preconcebidas, ni antiguos, ni modernos. Su idea era bien simple: tenían un magnífico parque con prados en torno a un bosque; deseaban vivir en el campo; una carretera de 30 kilómetros les ponía en contacto con París. Se llega a la puerta de la casa en coche y es el radio de giro mínimo de un coche el que nos ha dado la dimensión de la casa. El coche se mete bajo los pilotis, da la vuelta alrededor de los servicios comunes, llega al centro, a la parte del vestíbulo, entra en el garaje o continúa su camino; tal ha sido el dato fundamental. Otra cosa: la vista es hermosa, la hierba es buena cosa, el bosque también. Se intervendrá en ellos lo menos posible. La casa quedará como posada en medio de la hierba, como un objeto, sin estropear nada. Si se está sobre la hierba no se domina el horizonte. Por otra parte, la hierba es malsana, húmeda, etc.; así, que el verdadero jardín de la casa no será el suelo; estará por encima, a tres metros cincuenta; será, por tanto, un jardín suspendido cuyo suelo es seco y saludable; desde el jardín se verá, además, el paisaje mucho mejor. En nuestros climas templados, con lluvias frecuentes, es más útil tener un jardín que seque inmediatamente: el suelo del jardín está, pues, resuelto mediante losas de hormigón sobre arena, consiguiendo así un drenaje instantáneo de las aguas pluviales. Pero continuemos el paseo; desde el jardín se sube por la rampa al techo de la casa, en el que está el solarium. En la arquitectura árabe encontramos preciosas enseñanzas. Es preciso que caminemos; caminando vemos desarrollarse la arquitectura. Es un principio contrario al que sigue la arquitectura barroca, que está concebida sobre el papel, en torno a un punto fijo teórico. Prefiero las enseñanzas que nos ofrece la arquitectura árabe. Se trata, por tanto, de una "promenade architecturale" que nos ofrece aspectos variables, inesperados, asombrosos. Es interesante llegar a tanta diversidad cuando se admite un esquema de estructura tan riguroso. La construcción se ha llevado a cabo mediante una trama

de pilares equidistantes que soportan jácenas regulares e iguales: estructura independiente, planta libre".

¡Verdaderamente con qué seguridad y con qué entusiasmo defiende Le Corbusier sus principios! ¿Verdad que al releer estos párrafos vuelve uno a comprender la oleada de admiración y de entusiasmo que la obra de Le Corbusier despertó en Europa allá en los años treinta?

Comienza Le Corbusier proponiendo la ciudad como hecho ligado al automóvil: superadas las primeras etapas de la revolución industrial, la técnica va a permitir al hombre recuperar la naturaleza. Las gentes desean vivir en el campo, nos dice, y pueden conseguirlo mediante el coche que los deja a la puerta de casa. El coche (tal y como ocurría en los viejos palacios con los caballos) dimensiona y condiciona el acceso a la vivienda, influyendo en toda ella. Pero, una vez llegados al campo, es preciso que gocemos de él y la contemplación se consigue liberándonos del suelo, ganando altura, evitando la humedad, insalubre, y el contacto directo con la tierra. La casa se situará, pues, en el paisaje, se posará en él, sin modificarlo, sin intervenir en la topografía. Señalará la presencia del hombre, no la de una criatura que trata de sobrevivir ciñéndose al medio. La casa será, pues, el marco desde el que el hombre gozará del paisaje. La actitud es, por tanto, opuesta a la de Wright, que trataba de hacer vivir al hombre en el paisaje. Sin querer nos vienen a la memoria las villas de Palladio. Palladio concebía la casa como el corazón de un pequeño cosmos y desde lo alto de una colina, y a través del delicado filtro de los pórticos palladianos el señor tomaba conciencia de su misión económica y social. Los dueños de Villa Saboya gozarán del paisaje "desde" la ventana horizontal que corriendo a lo largo de todo el volumen propone una idea de hueco que nos habla de un hecho tecnológico, el hormigón armado, y que da preferencia a la contemplación, olvidando otros aspectos funcionales que tradicionalmente han pesado al definir los huecos; la ventana es, en Villa Saboya, un elemento indiferenciado que conecta la casa con el paisaje, sin un significado expresivo concreto, subrayando así el hecho de encontrarse "en" la casa, que se ha convertido en un barco que navega en el paisaje. Así, pues, cierto que los dueños de Villa Saboya son bien distintos a los clientes de Palladio, ricos burgueses que quieren huir de la ciudad y encontrar en el campo una vida más auténtica, pero ambos, Palladio y Le Corbusier, proponen una naturaleza "desde" la arquitectura. Le Corbusier, espíritu racionalista y cartesiano, de relojero suizo, como en alguna ocasión ha dicho Zevi, trata de justificar más adelante, encadenando una tras de otra premisas y proposiciones, como si el construir hábilmente equivaliese a plantear correctamente silogismos, las ventajas de la solución adoptada y alude, haciéndonos recordar a los tratadistas clásicos, al clima y a las precauciones que ha sido preciso tomar para conseguir un "jardín suspendido", vieja aspiración mediterránea.

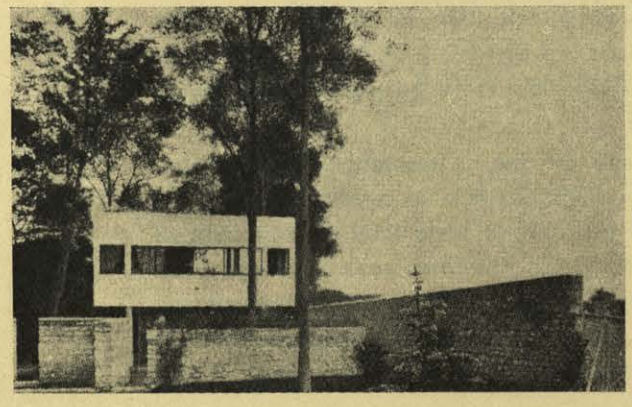


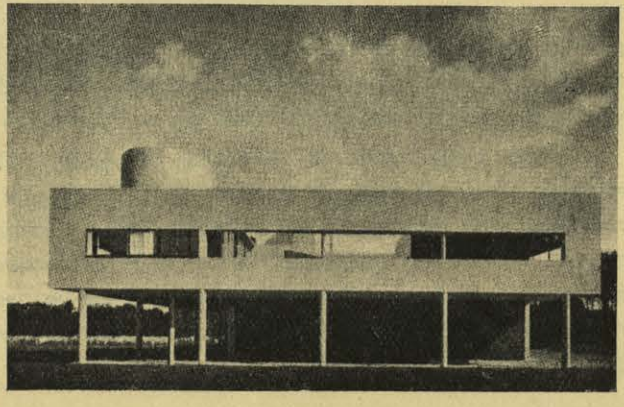


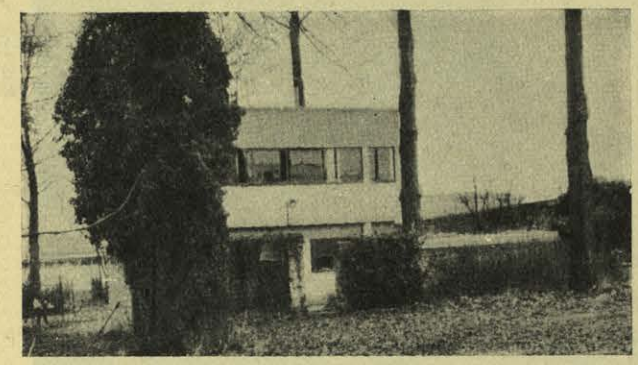
Poco más adelante habla, sin embargo, de la famosa "promenade", de la necesidad de entender la arquitectura como espacio que ha de recorrerse y defiende la concepción que de la arquitectura tuvieron los pueblos islámicos, opuesta, por completo, a los principios de composición simétrica y rigorista que se enseñorearon de la arquitectura en los últimos tiempos del barroco; a pesar de todo, Le Corbusier no ha podido evitar la tentación de la simetría, y quien observe con algún cuidado la planta lo advertirá bien pronto. Pero aquí, en la "promenade", radica el valor de Villa Saboya, que ha pasado a ser, como reconocen los críticos desde hace años, una de las piezas arquitectónicas en que con mayor fidelidad se encarnó la poética cubista: los pintores cubistas se empeñaron en destruir la idea de espacio tradicional; Le Corbusier en Villa Saboya trató de ganar una nueva dimensión, el tiempo, al entender la arquitectura no como realidad estática, inmutable, sino como realidad dinámica, en la que forzosamente interviene aquél en el sucederse de la visión.

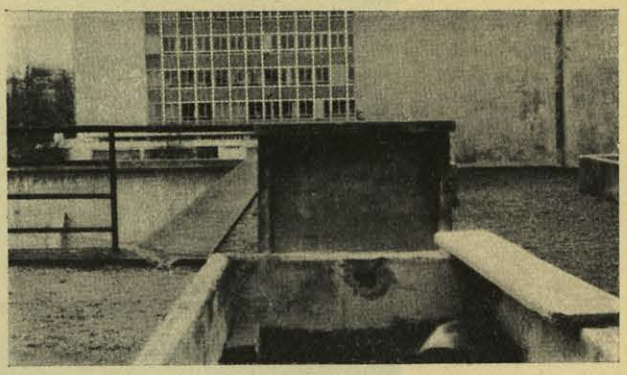
El programa de la vivienda se desarrolla, por tanto, a través de un itinerario, sin que sean los ejes ni la función predominante de un determinado espacio quienes definan el esquema compositivo. Con razón se ha dicho que en esta arquitectura el movimiento es el auténtico protagonista: en Villa Saboya se camina por la rampa, se suben y bajan las escaleras, se goza del paisaje desde la ventana; diríase que una imagen exige la siguiente; no cabe, por tanto, el reposo. Si en Palladio el cosmos lo definían la vivienda y el paisaje, en Le Corbusier me atrevería a decir que el cosmos se termina en la propia vivienda, en el cubo que define el volumen. Así parece indicarlo la libertad con que se ha definido la planimetría, en la que encontramos elementos del mundo formal cubista que cobran, en manos de Le Corbusier, un preciso significado espacial; pero esta libertad que configura el espacio habitable se convierte en rigor volumétrico, rayano en lo esquemático, al definir su envoltura, planteando así una paradoja compositiva que encontraremos repetidamente en sus obras, incluso en las más recientes.

Entendiendo la vivienda como un todo, como un ser con vida propia, autónomo, sin limita-









ciones formales dictadas por el paisaje o por la arquitectura vecina, el arquitecto inventa un nuevo mundo, un espacio en el que la geometría, como ocurrió en la arquitectura fantástica de finales del siglo XVIII, se vitaliza, dotando de valor simbólico a sus elementos; el hombre vivirá en un mundo inventado en el que cada forma adquiere un valor simbólico inteligible y concreto, olvidándose un tanto de su anhelo de naturaleza.

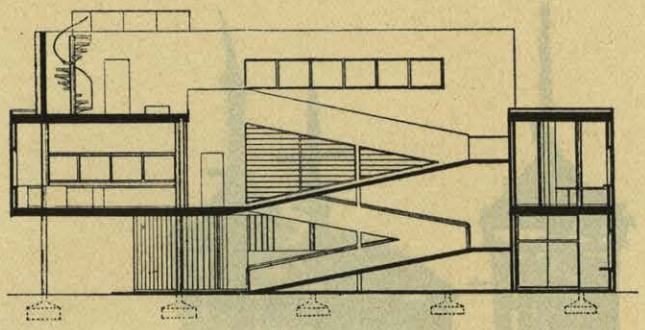
La ambición del arquitecto es, pues, el cambio, la variabilidad. El espacio para Le Corbusier, como el mundo para Heráclito, es cambio, movimiento. La vivienda está abierta al cielo; el paso de las horas debe hacerse sentir en la casa: el sol juega con la geometría, con el espacio del arquitecto, subrayando la fugacidad del momento, cada instante es diverso. Le Corbusier se asombra de los puntos de vista insospechados a que ha llegado sirviéndose de un esquema estructural tan rígido y termina el sustancioso escrito con las palabras "estructura independiente, planta libre", en las que se condensa buena parte de su credo.

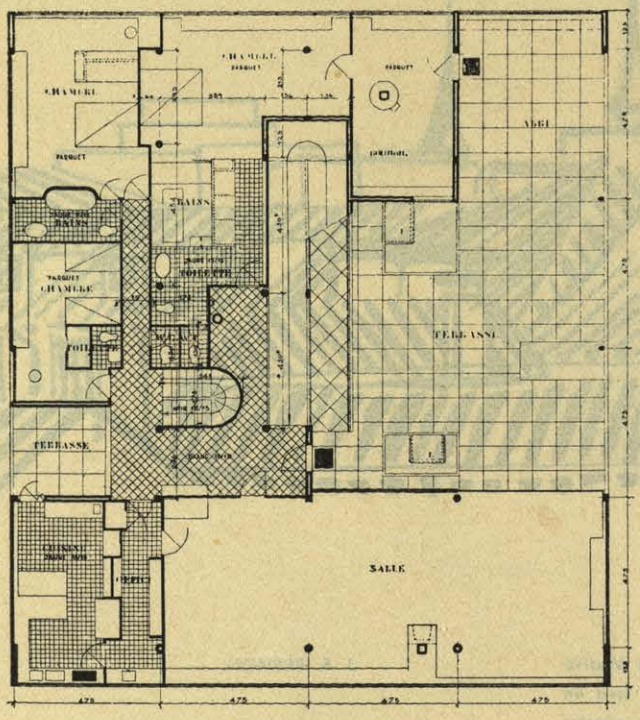
¡Qué hermoso debió de ser el gozar del horizonte despejado de la Ile de France desde aquel pequeño cosmos cuyas formas descubríamos paso a paso al cumplir con la "promenade" propuesta por Le Corbusier en la que, como ya hemos dicho, radicaba la asombrosa vitalidad espacial de Villa Saboya! Algo se adivina hoy todavía aun cuando las alegres predicciones de Le Corbusier no se hayan cumplido. En primer lugar (y el lector puede comprobarlo a la vista de las fotografías) el dueño de Villa Saboya no podrá ya disfrutar de aquellas deliciosas vistas de que Le Corbusier habla, pues a uno y otro lado han nacido viviendas y edificios que han transformado por completo la faz del paisaje. Por otra parte, ¡qué distinto papel el que hoy ocupa el coche en nuestras ciudades al que Le Corbusier, alegre y confiadamente, le atribuía! El europeo de la segunda mitad del siglo XX ve hoy en el coche el más temible enemigo de su confort, ve el tráfico de nuestras ciudades como un síntoma casi apocalíptico.

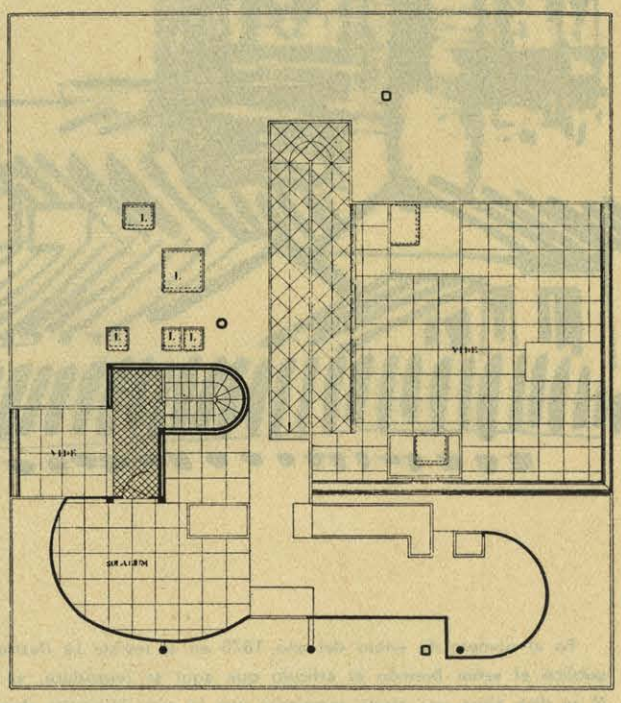
Villa Saboya, que no ha perdido del todo su condición de navío, sin arboladura, haciendo agua por todas partes, cobijo de gatos y de mendigos, de vencejos y de albañiles, trata de capear inútilmente el temporal, y si no se pone urgente remedio, y las aguas vuelven a su cauce, sus días están contados; creo que las fotos que acompañan al artículo son más elocuentes que cualquier comentario.

¿Qué pensarán los obreros de la Simca de aquella extraña casa en la que se condensó lo mejor de la arquitectura de vanguardia de entre-guerras? ¿Qué pensarán ante el complejo infantilismo de su geometría? Tal vez, y tendría gracia la paradoja, los niños de la escuela cercana podrán pensar que se trata de la vivienda que han levantado, en su viaje a la Tierra, los habitantes de otro planeta, pues el optimismo progresista de Le Corbusier no se ha perdido, aunque la vivienda entera se haya convertido en una auténtica ruina.

Peter Blake recuerda, al hablar del lamentable estado en que se encuentra Villa Saboya, el título de aquel maravilloso libro de Le Corbusier que se llama *Cuando las catedrales eran blancas;* pues bien diríase que Le Corbusier había adivinado al escribirlo el triste final de Villa Saboya cuando nos decía, apasionadamente, que las catedrales eran más hermosas cuando conservaban frescas todavía las huellas de los canteros: en verdad que las intuiciones del gran arquitecto son más válidas si cabe cuando se piensa en Villa Saboya. Al ver el estado en que se encuentran algunas obras de Le Corbusier nos vemos obligados a pensar que se trata de una arquitectura que







no aguanta el paso del tiempo, que quiere ser eternamente joven; no olvidemos que la arquitectura racionalista trató de asimilar la técnica (al menos así se lo propuso formalmente), y como ocurre con todos los productos que nos proporciona la técnica, el envejecimiento no cabe, inutiliza el producto. Cierto que la experiencia racionalista no ha sido inútil y pesa hoy sobre nosotros: puede decirse que no pocas de las tendencias arquitectónicas actuales suponen una vuelta a las técnicas constructivas tradicionales que olvidó aquélla. El propio Le Corbusier parece acusar el golpe en sus últimas obras, en las que los materiales, tan cuidadosamente manejados en su primera arquitectura, se hacen cada día más ásperos, más agrios, como si temiesen la perfección, como si prefiriesen olvidar el primor, conscientes de que el tiempo acabará pronto con cualquier delicadeza.

Terminemos; la arquitectura de Le Corbusier, la arquitectura racionalista, exigiría, pues, a mi entender, para una buena comprensión historiográfica, una restauración completa que nos la devolviese intacta en todo su valor. Sé que esta proposición puede sonar a herejía, pero me parece que algunas obras, y entre ellas desde luego Villa Saboya, bien merecerían el esfuerzo económico de los organismos oficiales, pues en ellas ha quedado plasmada, tal vez con mayor fuerza que en ningún otro documento histórico, la concepción que de la vida tuvieron nuestros padres. Esperemos que André Malraux, que con tan fino instinto ha sabido entrever el contenido de algunos edificios parisinos al ordenar su limpieza y restauración, y a quien, como ya dijimos, Villa Saboya debe su existencia, escuche los ruegos de los arquitectos y de las instituciones culturales que solicitan la restauración, la resurrección, de una de las obras maestras de Le Corbusier, es decir, de una de las obras maestras de la arquitectura de nuestro siglo.